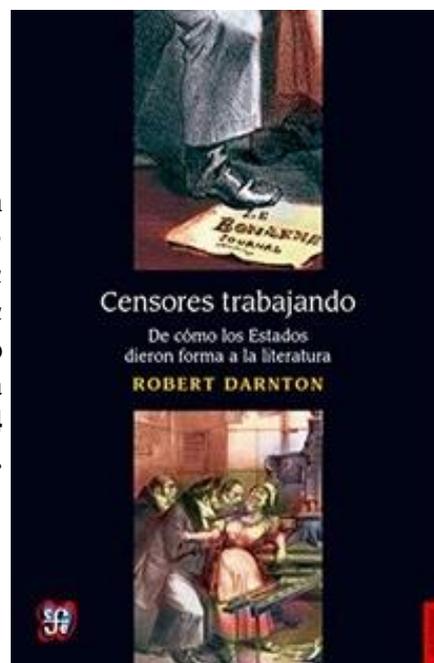




Robert Darnton
Censores trabajando
De cómo los Estados dieron forma
a la literatura
México
Fondo de Cultura Económica
2014
267 pp.



Victoria Giselle Chacón Oribe¹

Recibido: 21/02/2017
Aceptado: 28/02/2017

Siempre es interesante conocer el detrás de escena de la producción de libros. En esta oportunidad, Robert Darnton opta por desentrañar la figura que estaba detrás del papel, censurando, moldeando, dando forma a la literatura. Trata de entender lo que es la censura. Para esto, toma tres contextos totalmente diferentes: la monarquía borbónica de la Francia del siglo XVIII, el Raj británico de la India del siglo XIX y el sistema comunista de la Alemania Oriental del siglo XX. En cuanto a los primeros dos países, realiza un minucioso trabajo

bibliográfico de archivos, documentos e informes. Pero en el caso alemán, tiene la oportunidad de entrevistar a censores y recopilar testimonios, además de acceder a informes secretos. De esta manera, va reconstruyendo, de forma acertada, el mecanismo que tuvo la censura para así repensar su historia desde un punto de vista comparativo, al relacionar los tres casos entre sí, pero también etnográfico, ya que se adentra en los contextos sociopolíticos de cada sociedad. Los tres países dieron una gran importancia al poder de la palabra porque sabían que ejercía poder. Es por esto que los Estados se enfrentaron a la literatura, porque eran conscientes de que había un poder en lo que se escribía

¹ Estudiante avanzada de las carreras de Profesorado y Licenciatura en Letras (UNMDP). Contacto: vigichaconoribe@gmail.com

o se decía. La palabra leída o escuchada traería consecuencias.

Algo de esto ya se empieza a esbozar en la “Introducción”. El autor apunta a evidenciar los intentos que tuvieron los Estados para controlar la comunicación. Plantea que estudiar el mecanismo de censura que implementaron los Estados es una tarea difícil, ya que su *modus operandi* solía mantenerse en secreto; además de que, por lo general, se destruía casi toda la documentación que ofrecía pruebas. No obstante, tiene la oportunidad de recoger informes y archivos históricos con los que puede trabajar. Está dispuesto a interrogar a censores del siglo XVIII y XIX, desde los registros, y captar sus voces, para entender cómo trabajaban y cómo entendían su trabajo, entablando así un diálogo muy interesante.

El libro está conformado por tres partes, además de la “Introducción” y las “Conclusiones”. En la primera, “La Francia borbónica: privilegio y represión”, sabemos que estamos en un mundo iluminista, en donde existía una confrontación entre la luz (la libertad, la razón) y la oscuridad (la opresión, el oscurantismo). Esta oposición se manifestó en la censura impartida desde el reinado borbónico hacia todos aquellos que pretendían escribir algo que escapara a lo permitido. De hecho, solo algunos privilegiados podían publicar sus textos. Darnton pone el ejemplo de una publicación de 1722, *Nouveau voyage aux isles françoises de l'amérique*, en el que se evidencia la omisión del nombre del autor y se resalta el del librero. Pero lo más importante de esto es la aprobación del rey, que está ubicada sobre el final de la página. Aquí se evidencia el elemento censor, ya que los censores de la corte del rey eran los que establecían las autorizaciones. Pero justa-

mente la aprobación real constituía un aspecto positivo ya que implicaba, por una parte, el apoyo de la corona y, por la otra, una invitación oficial al lector a leer el libro. Es sustancial la aclaración sobre que existían “permisos tácitos” (sin privilegios) que posibilitaban que las publicaciones pudieran circular discretamente por el mundo editorial, siempre y cuando hubieran sido aprobadas por el ojo de un censor. No obstante, la vida literaria fue una actividad que rondaba entre lo legal y lo ilegal. Mientras que había una fracción que tenía autorización real, coexistía con ella un gran porcentaje de literatura prohibida que circulaba de forma pirateada. En este sentido, es muy interesante la mirada que tiene Darnton sobre la mujer. En efecto, deja constancia que muchas veces los ejemplares transitaban en la ilegalidad gracias a las mujeres que se encargaban de distribuirlos. También existían talleres de impresión clandestinos. Estas situaciones son descriptas con acierto: Se olía peligro en el ambiente; todos corrían riesgo de ser encontrados por la policía francesa, que constantemente estaba en busca de pistas para encontrar culpables.

El trabajo del censor no solamente era intolerante a ofensas religiosas, políticas o morales. También empezó a abocarse más a cuestiones estéticas y gramaticales que a asuntos de Estado. Incluso en cierto momento Darnton se aventura y compara esta labor con la lectura incesante que deben hacer los correctores de las editoriales en la actualidad. Obviamente, este punto es altamente provocador. Pero lo dirige hacia un lugar peculiar, en el que se ve la figura del censor como alguien que se acerca a los autores, que mantiene una relación de cooperación y que se muestra casi como coautor. De manera que el

ensor dieciochesco colaboraba con el entramado del texto: “En lugar de reprimir la literatura hacían que ésta ocurriera” (50). Darnton constantemente se cuestiona al respecto. Cómo es posible que una figura tan relacionada a la censura ideológica pueda haber colaborado con la ficción literaria.

En la segunda parte, “La India británica: liberalismo e imperialismo”, nos encontramos en un siglo XIX en el que reina la confrontación entre los poderes imperiales y los movimientos nacionalistas que oponen resistencia. Los británicos vivían enfrentados a los indios, pero para someterlos necesitaban entender su cosmovisión. Así, imprimieron sobre ellos un excesivo control de información, parecido a la red de espías e informantes de la policía francesa del siglo anterior. Buscaban obtener una vasta cantidad de datos sobre su modo de vida. Tenían que catalogar todo, de manera que los libros también entraban en este esfuerzo por controlar, espiar y vigilar. Los primeros catálogos no censuraban las costumbres de este lugar, sino que, más bien, las describían. Sin embargo, no existía una literatura india despojada de la injerencia imperialista, ya que los británicos habían construido, junto a los habitantes autóctonos, la India británica durante más de un siglo.

El autor resalta que, a diferencia de los casos de Francia y Alemania, en la India no se produjo una gran literatura clandestina. Esto se debe a que, al principio, los gobernantes autorizaban la publicación de literatura sediciosa, justamente porque consideraban que la tenían bajo control. Claramente, era menospreciada. De todas formas, una vez que la sociedad india comenzó a estar influenciada por sus lecturas, la palabra empezó a ser peligrosa a los ojos británicos. Es así que comenzó el

control extremo. Y se dio inicio a la represión a los agitadores sociales y a la confiscación de libros por la policía, al igual que sucedió en Francia. Hubo juicios, registros de imprentas, librerías y detenciones a editores, autores, impresores, que eran juzgados como sediciosos. Resulta interesante que tal concepto de sedición había tomado un sentido particular en la India británica. Se definía como cualquier provocación o intento de instigación en la sociedad de crear sentimientos de descontento en contra del gobierno.

La literatura, durante el Raj británico, era totalmente política. Por eso las autoridades comenzaron a controlar de manera desmedida los textos nativos; pensaban que se podría generar, a partir de una poesía, un descontrol o levantamiento social. Pero sobre todo vigilaban aún más las obras de teatro, ya que la oralidad, arriba de un escenario, penetra con mayor vigor en los sectores analfabetos. Para los indios, la forma más eficaz de que el mensaje pudiera tener éxito era siendo representado en escena. En efecto, los agentes del Raj se preocuparon más por las representaciones teatrales que por lo que pudiera decir un periódico, justamente porque éste último no tenía llegada en las clases analfabetas. Es notorio ver cómo la ficción había dejado de estar recluida a un ámbito exclusivo, para salir a la calle a mezclarse con otros sectores de la sociedad.

Desde el comienzo de la tercera parte, “La Alemania Oriental Comunista: planificación y persecución”, la lectura toma otro cariz. Ya no se trata exclusivamente de un rastreo por archivos e informes para estudiar la censura. Ahora, por una cuestión cronológica, Darnton puede conocer a los protagonistas. Sin duda es el capítulo más interesante de leer y es en donde se evi-

dencia su entusiasmo con mayor notoriedad. En los anteriores capítulos fue construyendo una imagen de censor a través de los documentos escritos. Y que haya podido llegar a obtener datos mediante entrevistas a diferentes censores alemanes hace que, de alguna forma, nosotros, como lectores, podamos conocerlos también. Eran personas que ya no estaban más en funciones (por la caída del muro de Berlín que unificó a Alemania), pero que seguían asistiendo a su trabajo a la espera de que se les asignara una tarea. Aun así, el historiador quiso saber en qué había consistido su trabajo. Una de las cuestiones que más llaman la atención es que los entrevistados partieron de una base: no existía la censura en la República Democrática de Alemania, al menos no en los términos negativos en los que la plantea Darnton.

Por consiguiente, miraban con pesar la caída del muro, ya que permitía que las influencias occidentales y la cultura del consumo se inmiscuyeran en la Alemania oriental. Pensaban que el muro había ayudado a que la Alemania comunista fuera un país de lectores protegidos de la mediocridad del Oeste. De manera que su tarea se basaba en la planificación de las ficciones que se publicarían al año siguiente, con breves sinopsis de aquellas. Era mucho más adecuado, desde su perspectiva, un contenido que tratara acerca de una lucha proletaria antes que un melodrama romántico. En rigor, intervenían en los contenidos. Según la postura de ellos, no censuraban, sino que “solamente” quitaban un libro del plan de publicación, negando así la autorización legal para imprimir —en una clara demostración de censura implícita. Esto es muy parecido a lo que sucedía en la Francia borbónica, en la que se precisaba una

aprobación real para que un libro se publicara. Todas las editoriales e imprentas eran propiedad del Partido Comunista, por lo que estaba prohibida cualquier publicación que no siguiera los lineamientos ideológicos. En caso de publicar fuera del régimen, o publicar clandestinamente, los autores eran condenados a la cárcel o tenían prohibida la salida del país.

La tarea de los funcionarios implicaba una lectura extrema línea por línea, censurando no solo cualquier contenido que hubiera podido atentar contra la ideología del Partido Comunista, sino también cuestiones de estilo. El corrector entraba en comunicación con el autor y el editor para hacer las modificaciones. La censura no se limitaba al control estatal, sino que también estaba presente, sobre todo, en los escritores. Es así que el sistema funcionaba por sí mismo. La autocensura era peor que la censura oficial. Los autores hablaron de ella recién cuando el muro cayó. Las consecuencias de no atenerse a los parámetros estipulados incluían el secuestro, la cárcel, la tortura, el confinamiento y el suicidio. La primera parte de la República Democrática Alemana fue la más cruenta en este sentido. Después fue aminorando el terror implantado en los ámbitos intelectuales. Pero la intervención todavía no había finalizado. Lo único que determinó su fin fue la caída del muro. Y lo único que quedó del sistema de censura fueron los censores.

En las “Conclusiones”, el autor retoma la cuestión inicial sobre qué es la censura. Establece que ésta comprendía, en los tres casos analizados, una búsqueda del significado, ya que implicaba debates interpretativos que intentaban dilucidar cómo sería recibido el texto por el lector. Porque el censor era un trabajador que tenía que cumplir su

tarea: la palabra no debía provocar en la sociedad el deseo de desestabilizar el Estado. Es de destacar el análisis pormenorizado que realiza Darnton sobre el control negativo que los Estados ejercían sobre la cultura para imponer su ideología, a sabiendas de que la literatura tenía influencias en la sociedad. No obstante, la lectura de *Censores trabajando* nos deja la posibilidad de repensar el lugar que tradicionalmente ocupó el censor para verlo casi como un colaborador no deseado del quehacer literario. Los censores no hacían posible la literatura, pero así ellos lo creían.